

SYN@PSIS®

(Revista para tejer el tiempo)

Depósito legal: B-41945-2003

Ejemplar gratuito

N.º 53. Julio-Agosto de 2011

Bureo

Déjese jugar con la doble acepción que los académicos de la lengua le reconocen a esta palabra en el diccionario, aplicándola yo aquí a los políticos, que, no sirviendo de gran cosa hoy a los ciudadanos, valen para el *pim, pam, pum* que es a lo más que podemos aspirar en democracia, que antaño, cuando vivíamos en dictadura, teníamos chistes y silencios más expresivos.

Andan los políticos en su divertimento principal, que es el darse importancia con sus pactos, algunos estrambóticos, pero ya estamos hechos a todo.

A ellos les viene bien y les provee muy bien lo de estar en el bureo, mientras legislan contra otros ciudadanos, considerando que estos no han alcanzado las cotas de inteligencia que le propulsan a uno a representante elegido por un partido, a condición, claro, de haber mostrado habilidades de callar, ocultar, traicionar y un largo etcétera que tiene la dispensa propia de lo necesario según la Virtud Social Conveniente, debidamente soportada en la estulticia generalizada de la población, o en su incapacidad para rebelarse.

Viven confortablemente los políticos poniendo gabelas que ellos no pagan o amenguan considerablemente, que no es cuestión sancionar fiscalmente a un ex ministro o a un rey, que ellos viven para el bureo y disimulan al entrar en bureo y decidir las dos varas de medir la de los actos propios y la de los ajenos.

La mentalidad anticapitalista, ensayo de Ludwig von Mises acaba de ser reeditada por Unión Editorial (4ª edición, 2011). Vaya por delante que es gozosa su lectura y pulquérrima su edición; lo primero es mérito del autor, y lo segundo se debe a los cuidados de la casa editorial, y aún hay más: a ser libro bien escrito, con ideas nítidas bien argumentadas, editado sin erratas y bien encuadernado, se añade un esmerada traducción de Juan Marcos de la Fuente, lo que en junto es puro almíbar para quienes amamos el conocimiento y los libros.

Ensayo breve y singular, de 108 páginas, cuya publicación inicial data de 1956, con afirmaciones taxativas y polémicas en grado sumo frente al pensamiento acomodaticio de los más. De verbo firme, arrojado, a veces desenfadado, sin sujetarse a la prueba empírica como escupitajo que excogita el cerebro irritado por la superficialidad intelectual del otro, es libro de exaltación del capitalismo hasta su glorificación que hay que leer con ciertas precauciones. ¡Ay!, que es un capitalismo deseado, deseable tal vez, pero no es el capitalismo que rige nuestros días: sistema impuro, mixto, distanciado del libre mercado por más que se simule lo contrario —como en el caso del sector eléctrico, puro trampantojo de mercado en competencia, de cuya imposibilidad bien padecen los consumidores—. No hay ni puede haber competencia cuando el propio desarrollo económico ha creado un subsistema de planificación —en el que los intereses de la burocracia política son simbióticos con los de las grandes empresas— junto a un subsistema de mercado —en el que la competencia rige desvirtuada por las imposiciones e imperativos del otro subsistema con el que coexiste, como describió magistralmente John Kenneth Galbraith, defensor del capitalismo como evidencia perdurable y reformable—.

Von Mises dice verdades difíciles de soslayar, levantando el velo de la vergüenza en reconocer el comportamiento humano tal y como es y no como quisiéramos que fuera —comparable a lo que hiciera en otro ámbito y época Sigmund Freud—, deduciendo lo esperable de la acción humana en el dominio económico. Áspera crítica del comunismo y de su subterfugio, el socialismo; más aún, del intervencionismo en general, sin por ello negar el necesario aparato coercitivo garante de una convivencia pacífica y libre.

Con razón a rebosar, él nos hace observar que el capitalismo emancipó a los siervos, de las fauces señoriales; destaca adecuadamente algunas virtudes del capitalismo, pero una cosa son los inicios de la competencia y otra la que se puede dar cuando muchos mercados están maduros y en algunos ya se ha despachado prácticamente toda competencia. Es apreciación insuficiente decir que “La esencia del capitalismo radica —una y otra vez lo hemos dicho— en ser un sistema de producción en masa para la satisfacción de las necesidades de la masa.” (p. 53) Sólo si lo tomamos en un sentido maximizador puede escurrir el bulto de la comparación con el comunismo, que también lo pretendía. El capitalismo es más que un sistema de producción y no podemos escamotear el asunto de la propiedad individual, propia y deseable bajo el capitalismo, negada y execrable en el comunismo. Más aún, ¿qué dirían Marx y Mises de una sociedad basada en el *leasing* y el

renting? ¿Dependería su calificación de capitalista o comunista en función de la propiedad última de los bienes o de su producción bastante? ¿Es el capitalismo de Mises un modelo ideal que nunca existió o estamos viviéndolo actualmente o, aún, pasamos por él y, por ende, nos obliga a preguntarnos cómo nos condujo al otro lado, a su negación intervencionista? Mises no se refiere a un modelo teórico, sino a la realidad. La realidad actual no es la que reivindica Mises como capitalismo, pues la ataca por intervenida; así pues, quedaría por explicar el paso desde el capitalismo inicial (referente de Mises) a la organización económica actual y cómo retornar a aquélla (que es lo que implícitamente defiende Mises) a partir de una economía dominada por enormes, casi monopolísticas poderosas firmas mundiales, y que, aunque los efectos del retorno sean deseables, volveríamos a las andadas. Con todo, el combate por la libertad, y dentro de esta la de mercado, es de una necesidad acuciante.

La crítica de Mises es incompleta, cierto, pero viene bien para contrarrestar el influjo socializante que hemos tenido durante un siglo, que condujo a enaltecer un tipo ideal: el trabajador proletario, sin atender a sus defectos, a sus vulgaridades e ignorancia, en tanto “El capitalismo «desproletariza» a los trabajadores, «aburguesándolos» a base de bienes y servicios.” (p. 15). No debemos olvidar que su experiencia vital le empujó del socialismo hacia el capitalismo como ideal a defender, lo cual tiene sus ventajas —el conocimiento de las ideas marxistas y leninistas— e inconvenientes —la tendencia a extremar los argumentos críticos—. Lamentablemente, muchas de sus argumentaciones producirán antes escozor que meditación y yo sugiero a comunistas, marxistas e intervencionistas, antes que una reacción desairada, que se apliquen al análisis y refutación.

La concepción de la naturaleza humana de Mises se basa en que “en cuanto satisface cualquier deseo, le asaltan nuevas apetencias. [...] Conformarse con lo poseído, absteniéndose apáticamente de toda mejora, no es virtud, sino más bien actitud propia de irracionales. Lo característicamente humano consiste en no cejar nunca por aumentar el propio bienestar.” (p. 17). Obsérvese la diferencia entre “nuevas apetencias” y “aumentar el propio bienestar”, que nos mete de cabeza en el debate sobre el decrecimiento y en si el aumento de consumo a partir de un cierto nivel (¿cuál?, preguntáramos, siguiendo a Mises, y cada quien tendría su respuesta) produce bienestar. Al tiempo, reconoce algunas restricciones en la actuación económica del hombre: la propia fisiología humana y la natural escasez de los bienes económicos, añadiendo un matiz precautorio: “La realidad restringe, en este planeta, las posibilidades de sus habitantes.” (p. 16). Si contásemos con otros planetas, la cosa cambiaría. Más adelante (p. 85) afirmará que “ni el capital (ni los bienes de capital) ni la actuación de empresarios y ahorradores bastan para elevar el nivel de vida de las masas, *si éstas no se comportan correctamente en cuanto al control de la natalidad.*” (la cursiva es mía, y los defensores del decrecimiento debieran tenerla presente).

Particularmente incisivo (cruel, dirán quizás algunos lectores) se muestra Mises al dar las razones psicológicas de aquellos que vilipendian el capitalismo (capítulo 1), cebándose en el resentimiento (cuidado con precipitarse en la crítica despreciativa por usar de este concepto, que no es patrimonio de “derechistas” o conservadores, que un historiador, tan ajeno a esa corriente de pensamiento, como es Marc Ferro, lo ha utilizado para vertebrar uno de sus últimos libros, *El resentimiento en la historia*. Ediciones Cátedra, 2009. Véase mi comentario en SYN@PSIS N° 42 sep-oct 2009). El hombre de la calle, los intelectuales (usamericanos incluidos), los empleados de oficina, los parientes, y hasta los artistas y la industria de *Broadway* y *Hollywood* odian el capitalismo por razones del quiero y no puedo o del a ver si luego no podré. Hay que atender a esas razones de resentidos, es saludable meditarlas de la mano de Mises, incluso si nos parecen extremas, lo que hay que dilucidar es si son verdaderas o plausibles.

En su elogio del capitalismo, Mises no pretende elucubrar con sentimientos apriorísticos de pertenencia a clase social cualesquiera, da por evidente el bienestar alcanzado por la gente tras dos siglos de capitalismo y lo contrapone también al comunismo. Sólo la ignorancia de la ciencia económica puede cegar a quien vive un presente de riqueza relativa muy superior gracias a los aumentos de productividad, y no quiera el lego atribuirlo al factor trabajo, que sin las nuevas máquinas y herramientas no se hubiera producido y a igualdad de número de trabajadores en la edad media y bajo el capitalismo, la producción mediante maquinaria multiplica enormemente la producción y no cabe argüir la formación o pericia de los trabajadores, que antaño la tenían mayor (p. 44). Es el capitalista, con su ahorro (al que le corresponde por ello la retribución con el interés) y el empresario (a quien corresponde la ganancia o beneficio si tiene éxito), aquel que sabe emplear el capital y conducirlo a satisfacer las necesidades de los consumidores, quienes facilitan el incremento de productividad (p. 85). No analiza Mises el papel del directivo ni de lo que en Galbraith es la *tecnestructura* de la empresa en *El Nuevo Estado Industrial* y el lector deberá salvar la ausencia.

La sociedad occidental se fraguó en la lucha continua por la libertad individual, que “Orientales y occidentales se diferencian fundamentalmente en que aquéllos jamás buscaron ni realmente amaron la libertad individual.” (p. 90) En el capítulo que dedica al análisis de la literatura bajo el capitalismo, afirma la importancia de la libertad de prensa “Pero sólo allí donde hay propiedad privada de los medios de producción puede haber prensa libre.” (p. 59); queda por demostrar el que además de poder haberla, la haya efectivamente, pues la autocensura es mecanismo sibilino. “La lucha por la libertad exige la fiscalización de quienes tienen a su cargo la paz pública; hay que imponer trabas legales a las autoridades y a sus agentes. La libertad individual, en su aspecto político, significa seguridad contra la actuación arbitraria de quienes dirigen el aparato represivo estatal.” (p. 90), es algo que necesitamos, que deseamos y que nos conviene, y que Ludwig von Mises defendió.

Notas de lectura y comentarios del Dr. Fernando G. Jaén, o cómo matar el tiempo placenteramente

André Gide *Los sótanos del Vaticano*

Menciona Don Camilo José Cela al maestro André Gide en prologoillo a un libro divertido *El triángulo de las verduras*, de Gabriel Plaza Molina. Me vale por lo de maestro, aún siendo posterior a mi lectura del libro de Gide, que no tiene nada que ver con aquél.

Con frase escueta puedo calificar esta mi primera lectura del *maestro* Gide: magnífico logro narrativo que se arranca por lo sesudo y fine en lo aventurero. Un ensayo novelado, parece la entrega al inicio, y lo resuelve a lo Ponson de Terrail con su *Rocambole*, lo que a mi se me antoja que es un logro indiscutible y el giro satisface al lector.

Trae origen la acción en el año 1890, con León XIII de sumo pontífice.

Anthime Armand-Dubois, científico, ateo, francmasón irá a Roma a tratarse por un especialista del reuma, que es dolencia que le obliga a llevar muleta y andar encorvado. Le acompañará Verónica, su mujer, con la que practican la amable convivencia, resignada ella, pues él no es malo aunque irascible, y se añadirán luego, para el Jubileo, Margarita, hermana de Verónica, y el marido de Margarita, Julius de Baraglioul, de noble estirpe y con aspiraciones a entrar en la *Académie* como escritor. Las dos hermanas y el cuñado son devotos, de inclinación piadosa, como la hija de los Baraglioul, ángel bueno que ruega por los pecados de su tío ateo.

Tras un sueño místico religioso a consecuencia de un profundo enfado durante

Karl Marx, *Guerra y Revolución*. Es librito que editorial Melusina ha publicado recientito en su colección “[sic]”. Manojillo de artículos de asunto internacional que publicara Marx en *The New York Daily Tribune* entre 1852 y 1861, o sea en plena madurez, recordemos que Marx murió en 1863. Le hubiera venido muy bien al libro una presentación breve, pero erudita, circunstanciando un poco los artículos, aunque por sí mismos ya valen con las notas del traductor, que son escasas, pero útiles. Ni se sigue orden cronológico estricto en la inserción de los artículos, ni sabemos qué orden se ha pretendido.

Son artículos densos, que combinan conocimientos de historia, economía y actualidad de entonces, que hoy podemos leer con interés, pues tratan acerca de las potencias mundiales y sus guerras, con alguna referencia a las posibles consecuencias revolucionarias. En ellos, Marx se muestra como informado analista de relaciones internacionales, que bien pudiéramos tomar por un excelente historiador actual divulgando un retazo de historia. Frío análisis y nada de agitación ni de propaganda comunista confieren autoridad académica a sus reflexiones.

En el primero trata sobre China y Europa, con motivo de la Rebelión de Taiping (1850-1864) y que Marx publicó el 14 de junio de 1853. Pasa revista a las interacciones ente China e Inglaterra, sin olvidar que la carambola pasaba por India. Producción de trigo y otros granos, té, sus precios e influencia en las balanzas comerciales, metales preciosos, son el núcleo, y la mención de la crisis financiera universal, la guinda.

La insurrección de los griegos súbditos del Sultán da pie al segundo artículo del libro, en el que Marx la calificará de insignificante, pero destacando su “importancia, ya que proporciona una ocasión a las potencias occidentales para interferir entre la Sublime Puerta y la inmensa mayoría de sus súbditos europeos” (Pág. 23). Nos indica una de las claves políticas, aprovecharse de circunstancias y de creencias de las gentes para sacar provecho en el enfrentamiento entre potencias. El aspecto religioso de la cuestión tenía su intrínquilis en que la igualdad religiosa entre cristianos y mahometanos en Turquía requería la completa separación de la Iglesia y el Estado, lo cual era del todo inviable pues exigiría sustituir el Corán por un código civil nuevo, y a fin de cuentas, nos dice, la imbricación de Estado e Iglesia es similar en la confesión greco-ortodoxa, por lo que la separación de Iglesia y Estado arrastraría a ambas confesiones religiosas y pensar en su realización sería un absurdo.

La declaración de guerra de Crimea motivó el tercero de los artículos recogidos en este libro (el de 15 de abril de 1854). Desde el punto de vista inglés, la declaración de guerra era la respuesta a las usurpaciones rusas que sufrió Turquía. Un pacto entre Francia, Inglaterra y Turquía se encaminaba a la creación de un protectorado, que a juicio de Lord Derby, de ser cierto, era tan objetable como el que se atribuía Rusia (Pág. 31). Parecían aflorar disensiones entre el Sultán, que lo firmó y el Muftí y los ulemas que se negaban a sancionarlo. Marx considera necesario hacer un repaso de la historia de oriente para mejor comprender la situación. La distinción coránica entre países o naciones de fieles y de infieles (proscribiendo la nación de los infieles), la legislación musulmana sobre ciudades que capitulan (sus habitantes *rayds* y el impuesto per cápita, el *kharaj*), todo ello está en la raíz “de un protectorado sobre los súbditos cristianos de la Sublime Puerta”. El extranjero infiel tiene otro trato distinto al del súbdito, requiriendo de la concesión de privilegios expresos, extensibles a toda una nación y revocables, dando lugar a disputas e intercambios de notas y firmanes al inicio de cada reinado, evolucionando a un derecho de *protectorado* de la nación sobre los visitantes, pero no sobre los súbditos *rayds*. La aplicación de estas ideas al protectorado de los cristianos griegos en Jerusalén, acaban en una interesante exposición de los cobros obtenidos del enfrentamiento de las diversas sectas cristianas en Tierra Santa. Las religiones presentes en Jerusalén y los Santos Lugares eran: latina, griega, armenia, copta, abisinia y siria; que a su vez presentaban subdivisiones. Finalmente da cuenta de la penosa vida de los judíos.

la cena, Anthime se despierta sanado y su mujer lo hallará arrodillado. La conversión se ha realizado. El ateo será ahora el más devoto, las consecuencias materiales no serán menores, pese a la promesa de la Iglesia de ayudarlo, que no cumplirá, y hará que Verónica, al final, no vea con tan buenos ojos el cambio. El acontecer y las consecuencias para la ciencia, las crematísticas y las francmasonas quedan para el lector, que ahora nos hemos de ocupar de Julius de Baraglioul, de vuelta ya en París.

Una carta de su padre, el diplomático cuya vida se refleja en la última novela de Julius, quiere que le haga algunas averiguaciones acerca de un joven, Lafcadio Wluki, rumano de 19 años de edad, que al cabo será su hermanastro, dando inicio a una trama entre un hermano de buena posición y otro bohemio de escasos recursos. Julius atado por las formas y los principios frente a quien entiende los principios de otra manera y sabe manejarse y mantiene su libertad. Consabido es que en estas tramas ha de haber aproximación, superación de represiones o adquisición de nuevos portes. Gide lo desenvuelve con densidad y generando ansia en el lector por saber el desenlace. Amor, crimen e intriga, ¿qué más puede pedir el lector que una acción trepidante y bien construida, con aditivos eróticos nada ofensivos y con el Santo Padre en medio de un complot? ¡Un desenlace complejo, a la medida de la maestría del autor! Léase y se verá.

F. G.

El cuarto de los artículos, *La guerra contra Rusia*, es una versión abreviada, según nos advierte una nota al pie, del que publicó el 17 de abril de 1854. Con motivo del memorando secreto que destapó *The Press* y por el cual se habían de regir las relaciones entre el Imperio ruso e Inglaterra, Marx relata, no exento de burla, los dimes y diretes de la diplomacia oculta, ridiculizando particularmente a los dirigentes políticos ingleses.

Bajo el título de *Prusia*, encontramos el quinto de los artículos (5 de mayo de 1856), en el que, con ironía, Marx explica cómo pasó la timba especulativa de Francia a Prusia, pese a resistirse, por temor a una crisis financiera, a crear un *Crédit Mobilier* francés (con este título y considerando al *Crédit* como el instrumento de la apropiación de la riqueza de Francia por Bonaparte, publicaría Marx un artículo, en el mismo periódico, el 24 de junio de 1856, recogido en el voluminoso tomo Marx – Engels, *Ecrits militaires*, L’Herne, París, 1970). Tras señalar el enriquecimiento de las clases medias industriales, cuyo rápido incremento sentaba “las bases de la actual peste especulativa.”, señala que el estallido de la burbuja sería dura prueba para el estado prusiano. Un análisis de las clases sociales en Prusia, remata el artículo, con la siguiente síntesis final: “Una dinastía desunida, un gobierno fracturado en varios frentes hostiles entre sí, la burocracia peleada con la aristocracia, la aristocracia con la clase media, una crisis comercial general y el espíritu de rebelión contra todas las clases sociales superiores alimentando los sueños de las clases desheredadas: tal es el aspecto de Prusia en esta hora.” (Pág. 70)

Sobre la unidad italiana (24 de enero de 1859), es el sexto artículo incorporado. Sobre territorio italiano campaban por entonces tropas suizas, francesas y austriacas. El grito popular *fuori i tedeschi* reflejaba el estado de ánimo de un pueblo que provocaba a la soldadesca extranjera. Garibaldi es llamado a Turín ante la perspectiva de una guerra fugaz contra Austria que iniciaría el Piamonte con respaldo de Francia y tal vez de Rusia. En vistas del panorama, Austria, sagazmente quiere hacer comprar a los municipios italianos los edificios oficiales que tenía en la Lombardía merced a los impuestos cargados sobre los italianos y pasar a ser arrendatario en lugar de propietario. Marx consideró que podía ser la chispa de otra guerra europea.

La guerra civil norteamericana (25 de octubre de 1861), séptimo de los artículos, es el más extenso. En él, Marx repasa los argumentos utilizados por la prensa en la pugna entre el Norte y el Sur: una guerra arancelaria, el que el esclavismo no es cuestión de principios, el deseo de soberanía del Norte como la causa y, finalmente, que el Norte debería aplaudir la secesión en lugar de meterse en una guerra civil. Marx muestra que los aranceles no están en la base de la secesión, por más que muchos años antes se hubiera esgrimido (en Carolina del Sur en 1831). Tampoco la supresión de la esclavitud fue causa. Marx nos lo muestra con profusión de detalles de la política y legislación americanas, destacando que la ley de Kansas-Nebraska, impulsada por el líder de los demócratas del Norte, ponía en pie de igualdad libertad y esclavitud, eliminándose por primera vez en la historia de los Estados Unidos los límites geográficos y legales a la extensión de la esclavitud, aún ampliado políticamente por la Corte Suprema en 1857. La imperiosa necesidad de los sureños de aumentar los territorios esclavistas tenía su raíz económica en los cultivos propios del sur: algodón, azúcar, etc.

La evolución de la opinión pública en Inglaterra (25 de diciembre de 1861), el octavo artículo, se centra, no tanto en la opinión pública como en la opinión publicada por los mandamases ingleses, los unos deseosos del menor pretexto legal para declarar la guerra a los americanos, apoyando así a los secesionistas del sur, otros oponiéndose. Parlmeston (pactando con Disraeli) a favor de la guerra y algunos de sus ministros, en contra, como Gladstone, Milner Gibson y sir Cornwall (en menor medida).

Pena capital, el noveno, y *La clase media británica*, el décimo, son artículos breves de 1853 y 1854 respectivamente, cuya inclusión sorprende al lector, si bien no carecen de interés.

F. G. Jaén Coll (fgaie@yahoo.es)